

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

VOLUNTAD DE FUTURO

LAS EUROPAS

EL progreso de nuestra negociación con el Mercado Común, para firmar con él un tratado comercial, ha desencadenado las opiniones de quienes estiman que se produce con ello un paso decisivo en el acercamiento de España a Europa. Que España solicitó la asociación como primer paso para la integración futura en la Comunidad, es cosa bien sabida y figura en la carta original de Castiella que en 1962 inició el proceso. Entonces se pensaba que un tratado comercial no era conveniente ni digno para nuestra aproximación a la Comunidad. Tal afirmación la hicieron en distintas ocasiones y desde esa fecha quienes tuvieron la más alta responsabilidad de la gestión. ¿Qué hizo cambiar más tarde el criterio de nuestros negociadores? ¿Por qué en vez de obtener una asociación, se perfila ahora un tratado que tiene —claro es— derechos y obligaciones mutuos, pero que nos deja situados fuera del ámbito comunitario estricto?

Hemos leído interpretaciones para todos los gustos. Pero Sicco Manshoti, vicepresidente en la actualidad de la Comunidad Europea, lo ha explicado sin grandes rodeos, ni eufemismos hace unos días a la opinión alemana, en unas declaraciones sobre el tema de la pertenencia a la Comunidad en relación con el sistema democrático de Gobierno. A su vez, el documento firmado recientemente por ciento cincuenta y tres representantes social-demócratas del Bundestag, y que encabeza el diputado Matthöffer, abunda en afirmaciones semejantes sobre la cuestión. Nada de ello es nuevo, ni sorprendente. Salvo en Francia, donde el panorama político del post-gaullismo es diferente, los otros cinco países de la Comunidad están regidos por dos partidos dominantes, la democracia cristiana y el socialismo, en diversa y alternada situación. Que esas formaciones utilicen el espíritu y la letra del Tratado de Roma para mantener la vigencia de sus ideologías dentro de la Comunidad, no puede extrañar a nadie, ni es cosa de hoy, sino que arranca de la posguerra del 45, con su contexto europeo y las tensiones internas que comportaba.

Ahora bien, ¿no es mejor hablar claro, informando a la opinión con objetividad, que practicar habilidades para hacer creer que no hay tal unanimidad democrática en la Europa de los Seis y que, por consiguiente, nuestro acercamiento político tiene que revestir previamente, por otras razones, la forma de un convenio comercial? En alguna parte hemos leído lo siguiente: «No hay en este momento más Europa que la Europa de los negocios». Y con ello, en nombre, por lo visto, de la España de los negocios, se pretende afirmar que los diálogos con el Continente, la «apertura», como ahora se dice, deben mantenerse de modo exclusivo entre bancos, financieros y empresarios europeos y españoles. Que tal contacto sea necesario, conveniente y útil para nuestro país y nuestra economía, no lo pongo en duda. Pero ¿y las otras Europas que no son las del negocio, o las del neocapitalismo? ¿Es que no existen? ¿O es que sólo pueden aspirar a ser europeas, a pensar y a vivir como europeos, las clases dirigentes, económicas y financieras de nuestro país?

Junto a la Europa de los negocios —que existe en efecto y pesa de modo considerable en la Comunidad— están las otras Europas, que conviven con ella formando un conjunto equilibrado y dinámico a la vez. Está, en primer lugar, la Europa del trabajo, la de los sindicatos libremente organizados, con su pluralismo específico, que va desde los cristianos a los comunistas pasando por los socialistas de diverso matiz. ¿Y cómo ignorar el diálogo con ellos, con la Europa laboral, cuando hablamos en nombre de una España en la que no menos de trece millones de trabajadores activos figura en nuestro censo? ¿Y en qué apoyar ese olvido si más de un millón de esos obreros nuestros reside y se gana su jornal precisamente en esa Europa de los talleres, de los campos, de las fábricas y de las oficinas?

Y de la Europa del espíritu, ¿qué decir? La de las diversas iglesias cristianas, fecundas en su peculiaridad, aunque, a veces, arries-

gada y reformadora. La de las Universidades y Escuelas Técnicas, asentadas sobre el principio de la libertad intelectual absoluta, premisa indispensable de todo progreso científico y, por consiguiente, industrial. La de la prensa independiente. La de las profesiones liberales, la de los escritores, pensadores, filósofos, hombres de ciencia. ¿No es ese fermento de inteligencia creadora, la esencia misma de lo europeo, es decir, de la cultura del viejo mundo que hizo posible la civilización moderna universal? ¿Cómo olvidarla en nuestro acercamiento o en nuestro entendimiento?

Pasemos a la Europa política, la que sigue ahí, en pie, con sus sectores de opinión, con sus opciones de gobierno, con su turno de partidos. ¿Cómo desdénarla cuando es la base del propio intento de construcción del continente unido, aunque sea este proceso lento y trabajoso? Las naciones de la Europa política tienen su denominador común en el hecho de que la soberanía reside en la comunidad social como sujeto y origen del poder. Apoyados en el consenso popular, expresado en una u otra forma, pero en última instancia basado en la libre voluntad de los ciudadanos, los países del occidente europeo tienen una fuente común de legitimidad que se origina en el albedrío de la sociedad, manifestado ante los grandes problemas nacionales. Naturalmente que los cauces técnicos de esas voluntades no son exactamente los mismos en la Constitución francesa que en la británica o en la alemana. Pero en lo sustancial si son idénticos los principios de filosofía estatal que los informan. Y esa es la Europa política, hoy por hoy, como cualquier persona medianamente enterada sabe.

Pues ¡no hay pocas Europas entreveradas además de la de los negocios! La de los jóvenes, de complejas y rebeldes perspectivas; la de los deportistas, de solidaria hermandad; la de los turistas y viajeros, de conocimiento mutuo fecundo. Sería interminable enumerarlas una a una. Pero de todo ello se deduce, una vez más, la necesidad de precisar los conceptos en tema importante como éste, sin presentar como aper-

tura lo que no es sino intercambio o bilateral comercio de bienes entre nuestro país y los demás.

Que ese tratado que se negocia sea útil para nuestra economía no habrá nadie entre nosotros que no lo desee con ardor. Que sirva de estímulo competitivo a nuestras Industrias y a nuestros empresarios, será saludable. Que permita asomarse nuestros productos a los mercados europeos en condiciones de estable rentabilidad, sería el desiderátum de todos. Pero que con su sola firma nuestro pueblo haya acercado su estructura política interior hacia la coherente homogeneidad continental es difícil que lo crea la opinión.

Las Europas están ahí, a la vista, con sus formas de gobierno, sus problemas de toda índole, sus tensiones, su desarrollo y el implacable proceso de tecnificación de la sociedad que modifica sustancialmente hábitos y equilibrios y, en general, el «statu quo» sujeto a constante revisión. Nadie ha dicho ni pretende afirmar que el europeísmo democrático sea una fórmula mágica que sirva de panacea a los problemas actuales. Esa es una necedad propia de los maniqueos que inventaba Fray Gerundio. Lo que sí representa la democracia europea es un intento constante de ejercer la responsabilidad de gobierno con el máximo de participación libre de los ciudadanos de un país. Y en ese ejercicio de autogobierno fiscalizado está precisamente la clave del sistema que ni es perfecto, ni resuelve todos los problemas, pero que busca la estabilidad y la prosperidad sin apelar a los milagros.

Sigo creyendo que a muchos españoles cuya opinión todavía desconocemos, ese propósito les parecerá viable e interesante. Y que la reforma necesaria y esperada no ha de venir de fuera, sino de dentro. Como en el aforismo memorable: «Noli foras ire.» En el interior de España es donde habita su voluntad de futuro y su verdad.

José María de AREILZA

TOROS PARA CATALANES

DE BENLLIURE A MANOLO

— y 6 —

NO me siento dispuesto a agotar la divagación.

Habría tela cortada para demasiado rato, y será preferible que lo dejemos así. Sin embargo, tal vez convenga añadir unas últimas alusiones suplementarias, no desprovistas de enjundia, que podrían enriquecer el panorama. Me disgustaría que alguien, quienquiera que fuese, llegara a achacarme ligereza o prestidigitación en el manejo de datos. De manera deliberada, he reducido al mínimo las referencias históricas, y sólo he cargado las tintas en algún detalle particularmente vivaz. Creo que eso era bastante para el caso. Y doy mi palabra de que, con un poco de buena voluntad y otro poco de paciencia, no sería muy difícil llenar dos o trescientas páginas de letra menuda, desbordantes de noticias, que apoyarían el comentario. Pero tampoco estará de sobra hacer memoria de unas cuantas obviedades, por si hay lectores cuya vocación de suspicacia rebasa la medida de lo normal. Que los habrá, no lo dudo. El indígena «nostrat», y celoso de serlo, profesa el deber de la taurofobia, y es lógico que, por consiguiente, desconfíe de mis aseveraciones. Me he remitido a acontecimientos antiguos y casi ignorados, y doy por cierto que son muchos más los que estaban en mis manos exponer. ¿No habré abusado de su «inocencia»?

No, desde luego. De todos modos, remacharé el clavo, insisto, con un breve apéndice de observaciones. La primera sería de carácter general, y para salir del paso, me atrevería a llamarla «la fascinación de la pandereta». Ha habido, entre nosotros, una relativamente extérrida propensión a embobarse ante determinadas rudezas «made in España cañi». ¿Qué gitanas «de pintura» podrán ponerse al lado de las de Isidre Nonell? ¿Qué «aires andaluces», como los que don Isaac Albéniz inventó en su piano? ¿O toreros como los que labraron, cada cual en su estilo, Mariano Benlliure y Manolo Hugué (y Angel Ferrant), por ejemplo? ¿Y qué decir de los «majos» implícitos en Granados? ¿Y «Doña Francisquita»? No invocaré «Sangre y arena» ni «La reina mora», porque se me podría recusar —y yo me opondría a ello, si la discusión valiese la pena— la inferencia étnica... Los motivos taurinos, sean o no taxativos en las obras y en los autores que acabo de mencionar, tienen por ahí una diáfana vinculación al terruño. Y me quedo cortó en el argumento, ya que en él habría que incluir otras cosas: Carmen Amaya y Peret, y el consumo local de flamenquerías, y Raquel Meller, y el Museo Picasso, y don Salvador Dalí (que, en su día, tuvo veleidades de «innovador» de la fiesta brava), y la «Bailarina española» de Miró, y la fachada del Colegio de Arquitectos de Barcelona, y Pere Creixams vestido en traje de luces, y las bromas con

centauros que escribió Ramón Raventós e ilustró el mismo Picasso, y...

A menudo nos hemos burlado de aquello de la «Andalouse de Barcelonne», que escribiera un distinguido poeta romántico francés. Interpretamos sus versos como una irrisoria metedura de pata, propia del forastero mal informado. Pero puede que no fuese tan grande, ni tan grave, el error. ¿Andaluza, andaluz de Barcelona? ¿Andaluces? Ya los había hace siglo y medio. O gitanos. O... La Carmen cigarrera y sevillana de Merimée, según cuentan los entendidos, es un personaje captado en los alrededores de Puçol, pueblo de la Huerta de Valencia. Como pudo serlo en Tortosa o en Gerona. Son cosas que pasan. La vida resulta más compleja de lo que deseáramos... Por lo que afecta a las conexiones autóctonas del toreo, todavía queda mucho por aducir. En música, sin ir más lejos, una «ensalada» de Mateu Fletxa el Viejo: nunca la he conseguido oír, pero quizá sea un ameno antecedente, polifónico y renacentista, de los pasodobles tipo «El gato montés» (que tampoco es ajeno). Un retablo de San Dionisio Areopagita, conservado —¿todavía?— en la Catedral de Valencia, y también del XVI, ofrecía la primera estampa gráfica de un pase de pecho, o algo parecido, memorables por la gracia del pincel. Y...

Otro punto a notar, aunque de signo contrario, es nuestra módica aportación al martirologio taurómico. Media docena de cadáveres, o poco más. Y de ellos, sólo dos o tres susceptibles de ser destacados: los valencianos Punteret, Fabrillo y Granero. («Fabrillo» se llamaba catalanescamente Aparici; el mote le vino, al parecer, por el hecho de haber trabajado en un establecimiento titulado «La Fabril»...) Escasos mártires, y escasos héroes. A los nombres reportados cabría agregar el de don Vicente Barrera. Me temo que el de Mario Cabré haya que trasladarlo a los dominios de la crítica literaria o teatral... Esta circunstancia daría la razón a quienes opinan que no estamos instintivamente dotados para producir «diestros». Hasta ahora, las plazas del País Valenciano han sido las más fértiles, y, todo bien calculado, no lo han sido en exceso. Se diría que el aparato trágico y supersticioso de la «corrida» clásica no acaba de cuadrar a nuestro temperamento. Los buenos espadas, los genios de la verónica —¡qué fardo blasfematorio tiene este término! ¿se han fijado ustedes?—, las firmes glorias del estoque, no se reclutan en estas latitudes. A lo sumo, cabe reconocer que los «nuestros» son hábiles con el trapo, pero de ahí no pasan. Llegada la hora de la verdad, la de matar, pierden la serenidad y los recursos. No saben «matar». Lo cual les honra.

Los testimonios escritos con que contamos no nos permiten hacer cábalas ni juicios acerca de lo que

daban de sí los toreros catalanes de la era preborbónica. Poco sabemos de nuestro toreo feudal, de los episodios del Renacimiento —con la excepción de César Borja—, de las peripecias del Barroco. Lo de después es muy poca cosa. Y yo diría que, en última instancia, predomina el ingrediente grotesco. El «dontancredo» surgió en Valencia: un tal don Tancredo López, nativo o inmigrado, se brindó a enfrentarse con las bestias más feroces, subido en una silla y manteniendo una postura inmóvil, de estatua. «Más cornadas da el hambre», rezongan los taurófilos impenitentes. Don José Bergamín, sin darse cuenta de qué hablaba, redactó un ingenioso ensayo sobre el señor López: mucha literatura acerca del «problema de España» descansa en tonterías de esta especie. Otra especialidad de mis paisanos ha sido el toreo cómico: Rafael Dutrús, «Llapissera», se hizo célebre con una charanga alegre y desvuelta. La banda de música «L'Empastre» recorrió las plazas sacramentales de «la pell de brau» —y nunca mejor aplicado el eufemismo—, con un espectáculo que tenía más de profanación que otra cosa. Lidiando becerritos llorones, carne lechal, y tocando el trombón y el fagot, aquellas cuadrillas salidas de Catarroja y de Benetússer, subvertían los «sublimes» valores de la tauromaquia hispana...

¿Conclusiones?... Me guardaré muy mucho de derivar por este camino. Ni estoy obligado a tanto. La reseña y las glosas que he reunido en la presente serie de artículos sólo aspiran a meter un poco de cizaña en las «buenas conciencias» de la admirable Cataluña «civil» que, a trancas y barrancas, sobrevive: una «Catalunya ideal» confeccionada, a medias, con jirones de Medioevo y con esperanzados cosmopolitismos. Y, a la vez, también pretenden insinuar que, toro más o toro menos, con picas, banderillas y estocadas, y sangre, y olés, y hasta con algún percañe luctuoso entre el personal al servicio del festejo, el asunto no es como para rasgar las vestiduras. Los toros son «catalanes». ¿Y qué? Ni hay que enorgullecerse, ni hay que avergonzarse de que lo sean. Si cada día lo son menos, congratulémonos de esta fortuna. Pero, aunque duren, tampoco hay que alarmarse. Nada que sea decisivo —que «nos» sea decisivo— está en juego. O no está más en juego que en el judo o el karate, o en las películas de James Bond, o en... Ni nos van ni nos vienen los malabarismos retóricos y conceptuales de la «polémica» arcaica: la de Bergamín y Giménez Caballero, la de Eugenio Noel y Pío Baroja. Son cosas de obispos del siglo XVII, aunque parezca increíble. Lo mejor es «mirar los toros desde la barrera». Con ironía.

Joan FUSTER